

todos los fracasos, hemos podido ver á menudo. La obra de la asociacion de los círculos nació á espaldas del emperador y de la Dieta y fué una tentativa, como todas las que con fines de union se hicieron antes y despues, para suplir con la asociacion debida á la propia iniciativa la inercia de los órganos oficiales del Imperio. La corte imperial miraba con recelo aquel acontecimiento que, á pesar de todo, se anunciaba con la divisa de *sub auspiciis Caesaris*, pero no pudo impedirlo y acabó por procurar despojarle de la parte peligrosa haciendo que el emperador entrara como miembro en la nueva organizacion. La analogía entre esta y las anteriores y posteriores tentativas de union aparece tambien manifiesta en el hecho de presentarse una vez mas á nuestros ojos en aquella ocasion la política del archicanciller electoral de Maguncia con sus antiguas tendencias (1). En efecto, aun cuando Luis Guillermo de Baden y Jorge Kulpis fueron el alma de la empresa, el elector Lotario Francisco de Maguncia supo apoderarse de la direccion externa: el congreso de Francfort convocado y dirigido por él hizo cierta oposicion á sus pretensiones dictatoriales, pero á pesar de ello manifestóse cada vez mas claro el afan del elector por seguir las huellas de su antecesor y pariente, Juan Felipe de Schoenborn, y por hacer, con ayuda de esta union de los círculos, de la sede archicancelaria de Maguncia una especie de trono secundario al lado del trono imperial. La asociacion, queriendo desde un principio recabar la condicion de cuerpo político que existia y obraba por sí mismo, comenzó á entablar independientemente negociaciones con las potencias marítimas, Holanda é Inglaterra; entró á formar parte de la gran alianza, y en el congreso de la paz de Ryswich procuró influir en pro de sus propios intereses.

Esta tentativa de union sufrió, sin embargo, la misma suerte de las que la habian precedido, porque las tendencias unitarias no eran bastante fuertes para contrarrestar el poder de las autonomías que se repelían mutuamente y porque, acercándose la guerra á su término, faltábale el impulso mas inmediato y mas potente. Al llegar la primavera del año 1697, fecha en que debia entrar por vez primera en campaña el ejército de la union, surgieron dificultades en la mayor parte de los círculos, y las fuerzas que se organizaron fueron principalmente las del círculo franconio y sobre todo del suabio. Por otra parte vino á poner obstáculos á aquella obra la envidia de los grandes Estados imperiales alemanes armados que vieron un peligro para su propia preponderancia militar en la asociacion de los pequeños, impotentes cada uno de por sí. Por eso Baviera, Sajonia y el nuevo elector de Hannover crearon cuantas dificultades pudieron á los planes de la asociacion. De modo que aquella tentativa tan bien concebida no produjo mas efecto inmediato que ahondar la division de los partidos y disgregar en hostiles rivalidades las fuerzas del Imperio, todo lo cual redundó en favor de Luis XIV que supo aprovecharse ventajosamente de estas circunstancias en las negociaciones de paz poco despues entabladas.

La «Asociacion de los círculos anteriores del Imperio» sufrió por aquella vez un fracaso; sin embargo, quedó de ella cierta tradicion de cohesion y comunidad de intereses, especialmente en los círculos suabio y franconio (2). Muy pronto las exigencias de la guerra de sucesion española dieron pié para volver á los antiguos planes, y la idea de asociacion, que se reprodujo con frecuencia, fué durante todo el siglo décimocuarto un elemento característico de la vida política

(1) Véase la pág. 106.

(2) Véase el resumen de las peripecias inmediatas de la asociacion en Kopp, pág. 140.

del Sudoeste de Alemania, pudiendo decirse de ella que si no fué germen de trabajos fecundos, por lo menos contribuyó á que no se borrarán de la mente de esta parte del pueblo alemán muchas tradiciones de bondad indiscutible.

Entretanto los acontecimientos se inclinaban cada vez mas á la terminacion de la guerra.

Desde el principio de ésta venian entablándose secretas negociaciones de paz, y la diplomacia francesa puso en mas de una ocasion á prueba la firmeza de la gran alianza (3). Luis XIV, cuyo primer objetivo al romper las hostilidades en 1688 habia sido convertir en una paz ventajosa y duradera un armisticio que no le satisfacía, habia ya entablado á fines de 1693 negociaciones que fracasaron por la insuficiencia de sus ofrecimientos, pues que entonces persistia en no abandonar á Luxemburgo ni á Estrasburgo. Posteriormente se espontaneó algo mas y trató de separar á los aliados por medio de secretos manejos: al elector Maximiliano Manuel de Baviera fuéronle ofrecidos montes de oro y la corona de Nápoles, y en el otoño de 1694 negocióse á un tiempo mismo con el rey Guillermo de Inglaterra en Maestrich y con un agente secreto del emperador en Steckborn, en territorio suizo. Además en 1696, en Padua, se reprodujeron estas conferencias misteriosas acerca de las cuales poseemos muy escasos datos. El monarca francés pretendía llegar separadamente á una inteligencia con los dos caudillos de la gran alianza, contraviniendo á los tratados existentes, y por lo que toca especialmente á las negociaciones con la corte imperial parece que revistieron un carácter bastante peligroso para ésta.

A estas tentativas, sin embargo, no se debió el desenlace definitivo. En otro sitio habia fijado con más éxito su palanca la diplomacia francesa para hacer saltar en pedazos la liga contra Francia formada: el suceso mas importante en el comedio de la guerra fué la separacion del duque Víctor Amadeo de Saboya de la gran alianza.

El astuto saboyano no habia sido nunca muy adicto á ésta y casi desde el dia mismo en que ingresó en ella habia continuado sus relaciones secretas con Luis XIV, haciendo la guerra con bastante indiferencia y acechando de continuo el momento en que lo favorable de las circunstancias le ofreciera las más ventajosas condiciones para cambiar de partido (4). En el verano de 1695 todavía se adhirió á la renovacion de la alianza entonces acordada (8 de agosto); pero ya por aquel tiempo hallábase á punto de llegar á la mas íntima inteligencia con la corte de Francia. Una de las ventajas que pretendía era la evacuacion de la plaza fuerte de Casale, en el Monferrato, por la guarnicion francesa que la venia ocupando desde 1681, y Luis XIV consintió en que, despues de un corto sitio simulado, el duque entrara en posesion de aquel importante baluarte, cuyas fortificaciones debian ser inmediatamente demolidas (junio de 1685). Esto no obstante, Víctor Amadeo todavía no se quitó la careta y prosiguió las negociaciones que habian de proporcionarle mayores ventajas. En efecto, en el verano de 1696 Luis XIV se vió llevado tan lejos, que resolvió restituir al saboyano la importante fortaleza fronteriza de Pinerolo construida en tiempo de Richelieu y anexionada á Francia en virtud de la paz de Westfalia. Al mismo tiempo la jóven hija del duque, Adelaida, fué desposada con el duque de Borgoña, heredero del trono de Francia. A consecuencia de estos convenios, Víctor Amadeo rompió sus relaciones con la gran alianza, firmó su

(3) No podemos en este lugar entrar en los pormenores de estas gestiones diplomáticas que se hacian durante la guerra: Schulte en su obra citada, y Legrelle en *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, tomo I, pág. 361, tratan de ellas muy extensamente.

(4) Carutti: *Víctor Amadeo*, tomo II, pág. 137.

paz separada en agosto de 1696 y unióse estrechamente al que hasta entonces habia sido su adversario (1). Los dos nuevos aliados acordaron en un artículo secreto que, al suscitarse la cuestion de la sucesion al trono de España, el duque Víctor Amadeo recibiría el ducado de Milan, obligándose en cambio á ceder á Francia la Saboya (2).

Grandes sacrificios habia costado á Luis XIV esta nueva alianza: la cesion de Casale y de Pinerolo no fué bien vista por el patriotismo francés; pero la ventaja obtenida valia el precio que por ella se pagaba, pues precisamente entonces los aliados habian concebido el plan de invadir el Sur de Francia por el Piamonte, cosa en que no habia ya que pensar despues de la desercion del saboyano, antes bien el emperador y el gobierno español que hasta entonces habian sostenido principalmente con sus propias fuerzas la guerra por la parte de Italia se convencieron de que la prosecucion de la lucha en aquellos territorios contra el ejército francés y á la sazón además contra su ex-aliado, á quien halagaba la posesion de Milan, era empresa superior á sus fuerzas que á tantos y tan diversos puntos tenian que atender. Funesto, aunque explicable por lo crítico de la situacion, fué el acuerdo de que el emperador, cuyos asuntos en Hungría presentaban un aspecto desagradable, firmase en octubre de 1696 con Luis XIV un tratado de neutralidad en virtud del cual las dos partes se obligaban á retirar de Italia sus respectivas tropas (3).

Quien más ventajas consiguió con esta neutralidad fué el monarca francés, que pudo llevar á los Países Bajos, á las órdenes de Catinat, y al teatro de la guerra española en Cataluña el ejército de Italia que se componia de unos 30.000 hombres aguerridos y veteranos, obteniendo así en ambos puntos una superioridad de fuerzas decisiva. Aquel acto del emperador fué causa del cambio que sufrió la guerra, la cual desde entonces tendió seriamente á la paz. «Si la casa de Austria consiente la neutralidad en Italia — escribia entonces Guillermo III, — no veo cómo podremos continuar la guerra (4).» Útil era ya pensar en sobrepujar militarmente á Luis XIV.

Largo tiempo hacia que la corte de Estocolmo, para evitar las exigencias de los aliados en punto á su auxilio armado, habia ofrecido con gran oficiosidad su mediacion para que se firmara la paz. Luis XIV la habia aceptado inmediatamente y despues del tratado de neutralidad de Italia aprobóla tambien Guillermo III como rey de Inglaterra, y asimismo la apoyaron los Estados generales de los Países Bajos unidos. Dado el ejemplo por estas dos potencias marítimas, el emperador y el rey de España no pudieron negarse á seguirlo. En vista de ello confiése el papel de mediador al embajador sueco en el Haya, el baron de Lilienroth. Mientras seguía su curso la guerra en los Países Bajos, en Cataluña, en el Rhin y por mar, guerra en la cual los franceses conquistaron, en los Países Bajos, la plaza fuerte de Ath (5 de junio de 1697) y, en Cataluña, la capital del principado, Barcelona, que tan valerosamente defendió el landgrave Jorge de Hesse-Darmstadt y que se consideraba como la más fuerte plaza española; mientras el margrave Guillermo de Baden arrebataba á su vez á los franceses la ciudad de Ebernburg (27 de setiembre), mientras esto su-

(1) En la obra de Arneth: *El príncipe Eugenio de Saboya*, tomo I, página 84, pueden verse los pormenores de estos complicados sucesos.

(2) Este artículo secreto ha sido publicado por vez primera en la obra de Legrelle: *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, tomo I, pág. 405.

(3) Tratado de neutralidad de Vigevano, fechado en 6 de octubre de 1696, inserto en *Actes de la paix de Ryswick*, tomo I, pág. 213.

(4) Véase Noorden: *Historia de Europa en el siglo XVIII*, tomo I, página 35.

cedia, decimos, inaugurábase en 9 de mayo de 1697 el congreso general de la paz en el palacio de Nieuwburg, propiedad que el de Orange tenia cerca de Ryswick, aldea situada entre Delft y el Haya.

No entretendremos á nuestros lectores relatándoles detalladamente las muchas peripecias de los debates de aquel congreso que tantas dificultades habia de resolver (5). Luis XIV tuvo desde un principio la ventaja de que la unidad de la alianza contra él formada estaba quebrantada profundamente: el sentimiento de una gran union de todos los intereses europeos, bandera alrededor de la cual se habian agrupado los aliados en otro tiempo, habíase debilitado de un modo considerable, y el monarca francés no tenia que tratar ya con la poderosa confederacion, sino aisladamente con sus distintos miembros, cada uno de los cuales solo de sus propios intereses se cuidaba. Las estipulaciones definitivas no se concertaron en el congreso, sino que fueron convenidas en una serie de entrevistas secretas que celebraron el mariscal francés Boufflers y el diplomático inglés conde de Portland, situacion que de antemano habia sabido preparar y aprovechar muy hábilmente la diplomacia francesa. La cuestion estribaba únicamente en aplicar al nuevo estado de cosas el arte de la intriga que tan buenos resultados habia dado siempre y que entonces consistia en reconciliar á dos adversarios y sacar toda la ventaja posible del tercero que quedaba abandonado á sus propias fuerzas: este tercero era el Imperio alemán.

La reconciliacion entre las dos potencias marítimas, Holanda é Inglaterra, á cuyo frente se encontraba Guillermo III de Orange, no pudo conseguirse sin graves dificultades. Los grandes comerciantes de Holanda, cansados de guerra y necesitados de los beneficios del comercio, se dejaron seducir fácilmente por la perspectiva de un favorable tratado mercantil con Francia; pero por lo que á Inglaterra se referia, la paz que con ella se firmara envolvía una importante cuestion de principios, cual era el reconocimiento formal de Guillermo III como legítimo monarca inglés por parte del rey de Francia. El sentimiento legitimista que tan arraigado estaba en Luis XIV se resistía á dar con su reconocimiento la sancion oficial á la usurpacion del de Orange; pero el rey Guillermo dió á entender muy claramente que sin esta condicion la paz era imposible, y en esta cuestion tuvo á la nacion inglesa á su lado. Sin embargo, encontróse una fórmula que satisfacía á los intereses del de Orange y de Inglaterra y que no resultaba demasiado molesta para Luis XIV, y además, no sin tener que vencer grandes dificultades, se inventó otra fórmula por la cual el rey francés se mostró dispuesto, sin nombrar á nadie especialmente, á abandonar al desterrado monarca Jacobo II y á no prestar apoyo alguno al partido jacobista (6).

Despues de estos convenios era casi seguro que vendría la paz: sin el concurso de las dos potencias marítimas no podia pensarse seriamente en continuar la guerra, y una vez asegurada la satisfaccion de sus principales exigencias, aquellas mostraron una lealtad débil y vacilante en la lucha diplomática en pro de las justas pretensiones de sus aliados y de los fines generales de la gran alianza. Luis XIV habia, pues, ganado la partida, y Guillermo de Inglaterra, necesitado como estaba de la paz, no vaciló en rendir al antes tan odiado adversario los mas humillantes homenajes personales «not only as the greatest sovereign in the world, but personally

(5) *Actes de la paix de Ryswick*; Neuhass: *La paz de Ryswick* (Francia, 1873); Schulte, obra citada, tomo I, pág. 396.

(6) Véase: *Historia inglesa*, de Ranke, tomo VI, pág. 358.



tuidos se mantendrá la religion católico-romana en el mismo estado en que actualmente existe (1),» pretendiendo con autoritaria insistencia que fuese aprobada en el acto, pues de lo contrario no se firmaría la paz. Esta pretension era el equivalente religioso de la anterior política de reunion, y en virtud de él los territorios detentados por Francia, que ésta se veía obligada á devolver, debían por lo menos ser reunidos á la Iglesia católica. Todos los progresos que bajo el amparo de la ocupacion francesa habia hecho la propaganda católica fueron declarados intangibles, y todos estos progresos se habian hecho con violacion manifiesta de los tratados y en abierta oposicion con las obligaciones contraídas en el armisticio de 1684.

La humillante brutalidad de la intriga franco-palatina produjo la mayor indignacion en todos los círculos, incluso algunos católicos; pero no por esto dejó de causar el efecto de antemano calculado. En aquel momento era difícil comprender lo que aquella cláusula significaba en la práctica: sentado esto, ¿debia dejarse que por esta circunstancia quedase destruida toda la obra de la paz? El emperador y los Estados imperiales católicos no podían avenirse á esta idea, pues aun cuando reprobaban aquel acto de violencia, no desconocían que favorecía sus intereses religiosos. A los protestantes no les quedó mas recurso que protestar y reservarse sus derechos, pues continuar por sí solos la guerra era imposible.

De esta suerte el Imperio firmó formalmente la paz de Ryswick en 30 de octubre de 1697: firmáronla el emperador y los Estados imperiales católicos, y de los protestantes solo se adhirió á ella Wurtemberg, la órden de los condes de Wetteran y la ciudad imperial de Francfort. Los demás declararon solemnemente que no podían suscribir el tratado de paz con esta cláusula ilegalmente añadida y abiertamente contraria á lo consignado en la paz de Westfalia. Esta cuestion tuvo como consecuencia interminables discusiones, pero á pesar de todo la paz de Ryswick quedó perfeccionada y con ella la cláusula católica. Algun tiempo despues (junio de 1699) el gobierno francés entregó al Parlamento de Ratisbona una lista de cerca de dos mil poblaciones alemanas en favor de las cuales exigía la aplicacion de la cláusula, y aquel asunto fué durante largas décadas uno de los innumerables que la dieta reproducía continuamente y no resolvía nunca. En el Palatinado, territorio en el cual tales pretensiones revestían especial importancia, comenzó bajo la direccion del elector Juan Guillermo la violenta obra de conversion católica, á consecuencia de la cual aquel país, que veinte años antes era todavía bajo el gobierno de Carlos Luis el baluarte de la mas tolerante libertad de conciencia, se convirtió por largo tiempo en arena del mayor fanatismo religioso (2).

Si, dejando esto á un lado, estudiamos en conjunto las demás condiciones esenciales del tratado de paz con Alemania, veremos que la restitution del despojo de las reuniones fuera de Alsacia, que Luis XIV se vió obligado á hacer, significaba una victoria para los alemanes. De tal puede tambien calificarse el hecho de que el monarca francés hubiera de desistir de su plan de dominar por medio de uno de sus mercenarios la archidiócesis de Colonia: en efecto, no habia que pensar en el regreso del cardenal Fürstemberg y el príncipe bávaro José Clemente conservó la sede de Colonia y adquirió tambien muy pronto (1694) el obispado de Lutich. La

(1) «Religione tamen Catholica Romana in locis sic restituta in statu, quo nunc est, remanente.»

(2) Struve: *Historia eclesiástica del Palatinado*, pág. 766; Hauser: *Historia del Palatinado del Rhin*, tomo II, pág. 805.

devolucion del ducado de Lorena al duque Leopoldo José, hijo del gran general del emperador Carlos V que habia fallecido en 1690, por mas que la limitaban muchas cláusulas era tambien un paso dado hacia atrás por la política francesa en la senda de sus conquistas. Por lo que á Alsacia tocaba, en el tratado de paz habíase evitado por parte de Alemania todo cuanto significara un reconocimiento del *statu quo* establecido de hecho por Francia: el Imperio se reservó tácitamente el derecho de interpretar á su manera el artículo de la paz de Westfalia del mismo modo que el gobierno francés el de darle á su vez la interpretacion que realmente le habia dado. En la cuestion del Palatinado Luis XIV hubo de contentarse con un arreglo en el cual ya no se hablaba de adquisicion de territorio y que iba á parar en definitiva á un asunto moderado de dinero. Friburgo y Breisach fueron cedidas á la casa de Austria, y Philippsburgo y Kehl al emperador y al Imperio (3), y todas las fortificaciones francesas situadas en la orilla derecha del Rhin y del Mosela fueron demolidas.

Enfrente de todo esto estaban, sin embargo, además de la victoria religiosa que significaba la cláusula de Ryswick, los hechos importantísimos de la conservacion real de la Alsacia y la adquisicion de Estrasburgo, que esta vez habia sido estipulada de una manera clara y terminante.

Bien considerado todo, ni los franceses ni los alemanes obtuvieron en aquella guerra de diez años un triunfo completo, ni tampoco sufrieron unos ni otros una completa derrota; pero Luis XIV hubo de contar tambien con otros enemigos y de hacer por ellos nuevos sacrificios. Esta era la primera vez que—como alguien ha dicho—los ejércitos del rey regresaban á su patria de una guerra sin llevar consigo las llaves de alguna fortaleza conquistada; y nosotros añadiremos que volvieron á Francia habiendo perdido las llaves de Pinerolo, Casale y Luxemburgo.

El cronista veneciano del congreso de Ryswick sintetizó su juicio acerca del curso de las negociaciones en las siguientes palabras: «Si se estudia y compara el conjunto de concesiones que una y otra parte han hecho en este tratado, se encuentra que la ventaja para Francia ha consistido en lo pequeño de la pérdida y el perjuicio para los aliados en lo insignificante de la ganancia; que uno y otro han perdido y ganado respectivamente si se compara lo conseguido con la magnitud de lo pretendido y esperado (4).»

Tratados de paz de esta índole no llevan en sí la garantía de una larga duracion. De la cuestion de sucesion al trono de España, que tantos peligros envolvía, únicamente se trató algo, sin resultado alguno, en conferencias secretas: los artículos de la paz de Ryswick pasaron por encima de ella sin dedicarle siquiera una palabra.

## CAPÍTULO V

### LA CORONA DE POLONIA Y LA PAZ DE KARLOWITZ

Tambien en el teatro de la guerra de Oriente, en Hungría, comenzaban los sucesos á inclinarse á la paz, habiendo contribuido poderosamente á ello el curso de la gran lucha diplomática entablada con motivo de la posesion de la corona de Polonia (5).

(3) Philippsburgo (la ciudad) fué restituida á su antiguo dueño el obispo de Spira, y la fortaleza ocupada por tropas del círculo: Kehl fué adjudicada al margrave Luis Guillermo y á la casa de Baden-Baden en virtud de decreto imperial del año 1699.

(4) Ruzini: *Relacion de 1699*, en Fiedler: *Relaciones*, tomo II, página 385.

(5) Bizardière: *Histoire de la scission arrivée en Pologne... au sujet de l'élection d'un Roi* (Paris, 1700); Faucher: *Histoire du cardinal de Polignac* (Paris, 1780); Helbig: *Administracion polaca y diplomacia*

En 17 de junio de 1696 falleció el rey Juan III Sobieski, el anciano caudillo que tan valerosamente habia combatido contra los turcos, «el libertador de Viena» como la leyenda polaca le denominaba. Las intrigas para elegirle sucesor habian comenzado ya en los últimos años de su vida, y á su muerte se convirtieron en la mas apasionada y accidentada lucha de cuantas registra la historia de las elecciones de monarcas en aquel país. La elevada tension en que se encontraba la situacion general de Europa se comunicó á esta contienda que tantas alternativas tuvo y en la cual se manifestó toda la incalculable confusion que reinaba en aquel régimen tan funestamente degenerado y que á pasos agigantados marchaba hacia su ruina. De esta lucha solo relataremos los hechos mas esenciales.

La dieta polaca habíase decidido en las últimas elecciones de monarca por un pretendiente indígena, y natural hubiera sido que á la sazón se otorgase tambien la corona al primogénito del difunto rey, Jacobo Sobieski. Aunque poco querido en Polonia, su candidatura, apoyada especialmente por el gobierno de Viena durante largo tiempo, habia llegado á tener cierta importancia, pero muy pronto quedó postergada á otras que no tardaron en surgir. En aquel confuso torbellino de esperanzas tan pronto nacidas como disipadas, tambien otras familias de magnates polacos, como las de los Sapieha, Lubomirski y Jablonowski, acariciaron secretamente la idea de que en el conflicto de los grandes partidos pudiera la suerte inesperadamente inclinarse á favor de alguna de ellas.

Sin embargo, no sucedió así, pues á poco de morir el rey, en las distintas dietas provinciales echóse á volar la especie de que no debia ser elegido ningun polaco: la pequeña nobleza temía en gran manera á los grandes magnates de su propio país.

La candidatura del margrave Luis Guillermo de Baden ofrecía especial interés (1): ningun otro pretendiente estaba á la altura de la fama militar del renombrado vencedor de los turcos; era éste católico y de estirpe de príncipes; su persona inspiraba gran confianza; por su matrimonio con la princesa de Lauenburgo encontrábase dueño de grandes bienes de fortuna, y además de estas cualidades tenia la de ser un príncipe de probada independencia política, como lo demostraba el hecho de que siendo general del emperador habíase opuesto á la política imperial en la cuestion del noveno electorado. Polonia hubiera podido tener en él un monarca que sin limitacion alguna, sin ningun compromiso con nadie, habria consagrado su notable valer personal al desempeño de la mision aceptada. Era la suya una candidatura, como escribía un embajador francés, tanto mas peligrosa cuanto que en realidad no existía fundamento alguno para combatirla (2) y hubiera sido la mejor para los intereses que tenia Alemania en esta eleccion, á pesar de lo cual fué combatida, aunque secretamente, por la corte de Viena. En cam-

francesa, 1692-1697 (véase Sybel, *Revista histórica*, tomo I, pág. 380). No he podido consultar la obra de Bastard: *Negotiations de l'abbé de Polignac en Pologne* (Auxerre, 1884), que cita Schulte.

(1) La historia de la candidatura de Luis Guillermo al trono de Polonia ha sido referida por vez primera de un modo verdadero por Schulte (I, 471) que tuvo á la vista al escribirla abundantes materiales. El trabajo de Schulte contiene además importantísimos datos sobre los otros aspectos de la historia de la eleccion.

(2) Schulte, tomo I, pág. 483. Luis XIV se mostraba bastante favorable á la candidatura del margrave en la instruccion que envió á su embajador en Varsovia, el padre Polignac, en 26 de julio de 1696; tambien él le consideraba tan independiente «que el mando que actualmente tiene de los ejércitos del emperador no le impediría, si fuese rey, ajustar su conducta á lo que exigen los intereses de la corona de Polonia.» *Recueil des Instructions*, tomo IV (Pologne), ed. Farges, pág. 228.

bio apoyóla enérgicamente Brandeburgo, y especialmente el ministro del elector Federico III, el presidente supremo Eberhardo de Danckelmann, interpuso hasta el último momento todo el peso de la influencia brandeburguesa en pro de la eleccion del margrave. La política natural de este Estado era combatir toda candidatura que pudiera llevar consigo la preponderancia en Polonia de la influencia francesa ó imperial, y el margrave badense seguramente habríase mantenido neutral entre Viena y Paris (3).

Las pretensiones del margrave de Baden desempeñaron, pues, un papel importante en las negociaciones de aquella eleccion, y si no triunfaron fué porque, por un lado, Luis Guillermo no pudo competir con sus rivales en punto á la esplendidez que exigía el sistema tradicional de cohecho en gran escala, y por otro, porque no fué afortunado en el nombramiento de su representacion diplomática en Varsovia. Además la circunstancia de que recomendaran su candidatura el elector de Brandeburgo y el partido protestante polaco, más bien que favorecerle le perjudicó; y lo que más decisivamente influyó contra él fué el hecho que más hubiera debido recomendarle. Su candidatura se apoyaba únicamente en su mérito personal y no estaba ligada en modo alguno con los intereses de las grandes potencias cuya lucha tenia conmovido á todo el mundo; no era, en suma, francesa ni imperial. Pero precisamente cada día se hacia mas patente que esta contienda electoral en Polonia no era en realidad sino una parte de las grandes luchas sostenidas en el Occidente de Europa por Luis XIV y la gran alianza, llevadas á un territorio secundario.

El monarca francés intervino á última hora relativamente en aquella lucha presentando un candidato propio. Ya incidentalmente habia pensado en ofrecer con el de Polonia un nuevo trono al desterrado Estuardo, Jacobo II, pero éste no se mostraba dispuesto á aceptar una corona extranjera, acto que envolvía una renuncia á la de Inglaterra. Tambien se habia manifestado propicio Luis XIV á apoyar á uno de los hijos menores de Sobieski que con su madre, oriunda de Francia, eran adictos al partido francés, al paso que el primogénito Jacobo Sobieski permanecía afecto á la alianza con la corte imperial; pero al fin prevaleció el plan de presentar como candidato á un príncipe francés, y ciertamente hubiera sido un triunfo de inapreciable valor para decidir á los que en la Europa occidental vacilaban todavía entre la paz y la guerra, el que un rey Borbon de Polonia hubiese podido hacer sentir su peso en pro de la Francia á espaldas del emperador y del Imperio. Entre los distintos príncipes franceses de que para el caso podia echarse mano, fué escogido y presentado como candidato oficial Francisco Luis de Conti, sobrino del gran Condé, príncipe que gozaba de fama militar, que años atrás y contra la voluntad del rey habia luchado, como voluntario en el ejército imperial, contra los turcos (4), y que recientemente se habia distinguido guerreando en los Países Bajos. Tenia además otra recomendacion poderosísima y era la inmensa riqueza de su familia.

Enfrente de esta pretension de Francia estaba la de Austria. La corte imperial, que no tenia ningun archiduque á quien presentar como pretendiente, apoyó en primer término á Jacobo Sobieski; pero tambien figuraron como candidatos austriacos el duque Carlos del Palatinado-Neuburg, cuñado del emperador y casado con una Radziwil, y el duque Leopoldo José de Lorena, muy joven todavía, emparentado asi-

(3) La noticia de que el elector Federico III pensaba presentar como candidato al trono de Polonia á su hermanastro el margrave Alberto, apenas mereció llamar la atencion. Véase Waddington: *L'acquisition de la couronne royale de Pologne*, etc., pág. 159.

(4) Véase las págs. 257 y 258.



as the greatest man» (no solo como el soberano mas grande del mundo, sino como el mas grande hombre) (1).

El monarca francés no retrocedió ante nuevos sacrificios con tal de conseguir lo que tan ardentemente deseaba, la paz: propicias á esta las potencias marítimas, España difícilmente habia de poder continuar la guerra, y aun cuando se resistió mucho tiempo á sacar provecho de las negociaciones particulares, al fin cedió ante las excelentes proposiciones que se le hacian y en virtud de las cuales le habian de ser restituidos los territorios de los Países Bajos que habian sido comprendidos en el botín de las *reuniones* y las plazas fuertes conquistadas en la guerra. El monarca español debia recobrar especialmente el Luxemburgo, á tanta costa conquistado, y la plaza de Barcelona recientemente tomada. Todos estos sacrificios dejáolos entever en las negociaciones Luis XIV, el cual trataba con ello de captarse simpatías en España y de mostrarse complaciente con los holandeses que tanto temian por la seguridad de sus fronteras; pero al mismo tiempo pensaba adquirir de esta manera el derecho de indemnizarse de tales pérdidas por otro lado. A esto se encaminaron las negociaciones para regular la frontera alemana.

Militarmente considerada, la superioridad de Francia no era tanta que pudiera dictar á su antojo al imperio alemán las condiciones de paz; así es que Luis XIV comenzó las negociaciones convencido de que algo tendria que ceder ante tal adversario, pero estaba resuelto á no hacer mas concesiones que las estrictamente necesarias. En el proyecto de paz que los diplomáticos franceses entregaron al mediador sueco en 20 de julio de 1697 se concedia desde luego la devolucion de los territorios que despues de la paz de Niméga habian sido anexionados por las cámaras de reuniones de Metz, Breisach y Besanzon, y tambien se reconocia el derecho originario del Imperio sobre Estrasburgo mediante la fórmula que se presentó al emperador planteándole la siguiente alternativa: ó la ciudad, despues de demolidas todas las fortificaciones construidas por los franceses, volvía á su antiguo ser y estado como ciudad imperial y era restituida al Imperio, ó bien continuaba en poder del monarca francés, el cual cedía en cambio al emperador las plazas de Friburgo y Breisach. Con el tono violento y dictatorial que siempre habia empleado, declaró Luis XIV que solo mantenía esta alternativa hasta fines de agosto y que, si para esta fecha no estaba firmada la paz, se reservaba su completa libertad de accion.

Esta fué entonces la cuestion capital de las negociaciones de paz con Alemania. La posibilidad de recobrar á Estrasburgo parecia entonces al Imperio como indudable y esta recuperacion significaba mucho mas que la posesion de una ciudad y de una fortaleza, puesto que envolvía la cuestion de la frontera del Rin. Esta esperanza quedó, sin embargo, defraudada por culpas propias y ajenas (2).

(1) Grimblot: *Letters of William III*, tomo I, pág. 43.

(2) El elector Federico III de Brandeburgo, en una carta dirigida al emperador desde Cléveris en 7 de agosto de 1696, habia ya demostrado cuán indispensable era para el Imperio recobrar á Estrasburgo, idea á la cual no debia renunciar «cualquiera que fuese el equivalente con que se le brindase,» y en estas palabras se entrevé el temor de que el emperador se inclinara á aceptar de los franceses á Friburgo y Breisach como compensacion de Estrasburgo. El elector manifiesta que con la posesion de esta plaza por el Imperio estaban los territorios imperiales del Austria anterior mejor asegurados que sin aquélla con las plazas fuertes de Friburgo y Breisach. Esta carta, concebida en términos muy enérgicos, fué redactada probablemente por Pablo de Fuchs. (Véanse sobre este punto mis *Observaciones* en los Anuarios prusianos, tomo XL, pág. 570.) Tomándola de una copia existente en el Archivo del Estado de Estrasburgo, publicóla en 1877, con ocasion de la primera visita del emperador Guillermo I á dicha ciudad, con el título de «*Escrito del elector Federico III, etc., sobre la necesidad de recobrar á Estrasburgo.*»

Como era natural, los alemanes intentaron obtener todavía mayores ventajas, creyendo en un principio poder contar todavía con la fidelidad de las dos potencias marítimas. De aquí que exigieran el completo restablecimiento del estado de cosas creado por la paz de Westfalia, especialmente en lo que se referia á Alsacia, á las diez ciudades imperiales, á los caballeros alsacianos dependientes inmediatos del Imperio, y la entrega de Estrasburgo tal como se encontraba entonces, es decir sin derribar las nuevas fortificaciones. Hablaron tambien de indemnizaciones de guerra por las devastaciones llevadas á cabo en el Palatinado, etc.

Pronto hubo de ver, sin embargo, Alemania que, en caso de proseguir la guerra por causa de estas exigencias, no podia contar en realidad con el auxilio de Inglaterra y de Holanda, pues por su parte el rey Guillermo se mostraba frio, desviado de la gran alianza y resuelto á firmar la paz. El emperador y los Estados del Imperio habrian, pues, obrado cuerdamente, desde el punto de vista político, asegurando rápidamente la posesion de Estrasburgo y renunciando á toda pretension imposible para consolidar por lo menos esta valiosa ganancia, sin perjuicio de obtener en el porvenir y en circunstancias mas propicias mayores ventajas. Así opinaba el margrave Luis de Baden, el cual en una notable memoria decia que era preciso por de pronto renunciar á los demás territorios de Alsacia; que á toda costa debia ser adquirida Estrasburgo, «la ciudadela de toda Alemania,» con ó sin las fortificaciones francesas, y que al lado de esta cuestion carecian de importancia todas las demás (3).

Pero ni siquiera esto pudo conseguirse, pues habiendo trascurrido el plazo sin que se llegara á un acuerdo por persistir cada una de las partes en sus respectivas exigencias y proposiciones, los diplomáticos franceses declararon que el rey retiraba el ofrecimiento que respecto de Estrasburgo habia hecho.

Dijose entonces en seguida que la diplomacia imperial habia dejado trascurrir con toda intencion el plazo fatal porque al Austria, desde el punto de vista de sus intereses particulares, le pareció para el emperador mas importante la posesion de Friburgo y Breisach que la de Estrasburgo para el Imperio. Los datos que poseemos no nos permiten afirmar ni negar tan severa acusacion; pero es evidente que los franceses tenian aun mas interés que los imperiales en que expirase el término sin llegar á un acuerdo, y que por su parte se esforzaron cuanto pudieron para hacer imposible la inteligencia y recobrar su completa libertad de accion. Barcelona estaba en su poder, y si devolvian esta plaza y además el Luxemburgo, no habia de serles difícil hacer prevalecer entre los aliados no alemanes la idea de que por lo menos habian de conservar como compensacion la plaza de Estrasburgo. En el nuevo proyecto de paz que presentó Luis XIV en 1.º de setiembre, es decir, apenas terminado aquel plazo, lo cual prueba que de antemano lo tenia preparado, formulaba sus condiciones diciendo que Francia conservaria definitivamente á Estrasburgo; que Friburgo, Alt-Breisach y Philippsburgo serian cedidas al emperador y Kehl restituida al Imperio, y que se demolerian todas las fortificaciones francesas de la orilla derecha del Rin, á excepcion del fuerte Luis situado en una isla de este rio. Tambien esta vez fijó el monarca francés un plazo fatal, declarando que solo hasta el 20 de setiembre se consideraria ligado por estas proposiciones.

Este nuevo cambio de la política francesa, esta violacion de promesas formuladas produjo cierta agitacion no solo en Alemania, sino tambien entre los aliados holandeses é inge-

(3) Schulte, tomo I, pág. 413.

ses. En el Imperio no faltó quien manifestara que en caso necesario podia continuarse la guerra aun sin la cooperacion de las potencias marítimas; que se disponia de la asociacion de los círculos, la cual cabia esperar que se ampliaria; que las tropas auxiliares alemanas, que hasta entonces habian luchado en los Países Bajos, estaban todavía disponibles, y que el emperador podia enviar al Rin un ejército poderoso. Tambien el rey Guillermo de Inglaterra vaciló por un momento entre aceptar ó no tranquilamente la violacion de la promesa de Luis XIV, que era para él una bofetada. Pero todos estos impulsos se desvanecieron sin consecuencias. La unidad de la accion política de las potencias coligadas contra Francia estaba irreparablemente quebrantada, y el monarca francés, despues de haberse mostrado condescendiente en otros puntos, pudo aprovecharse sin limitacion alguna del favor de las circunstancias para proceder contra el Imperio alemán. El rey Guillermo, despues de corta vacilacion, declaró á los embajadores imperiales alemanes que habian acudido á su corte, que su parecer definitivo era que habia que reconocer desde luego la superioridad de fuerzas de Francia y aceptar sus condiciones, inclusa la pérdida de Estrasburgo. Añadió que al emperador y al Imperio se debia que por extemporáneas vacilaciones se hubiese desperdiciado una ocasion favorable y que le aconsejaba que hicieran de la plaza de Kehl, situada enfrente de Estrasburgo, una fortaleza de primer orden, para lo cual se ofrecia á ayudar á Alemania con una suma importante (1).

Al dia siguiente de esta conferencia, ó sea en 20 de setiembre de 1697, fecha en que terminaba el plazo señalado por Luis XIV, los embajadores ingleses, holandeses y españoles firmaron en Ryswick la paz con Francia, logrando aquellos diplomáticos que se reservara al emperador y al Imperio hasta 1.º de noviembre el derecho de adherirse al tratado bajo las condiciones fijadas en 1.º de setiembre y estableciéndose hasta entonces un armisticio.

Este fué un nuevo plazo que no trajo consigo sino nuevas desventuras. Al iniciarse las negociaciones para la paz habíase hablado incidentalmente de obtener de Luis XIV que pusiera nuevamente en vigor el revocado edicto de Nantes y concediera derechos á sus súbditos protestantes: pero á la sazón estas elevadas aspiraciones no ofrecian probabilidad alguna de éxito y no habia que hablar mas de ellas, antes al contrario, la diplomacia francesa, en vez de esto, impuso la «cláusula de Ryswick.»

Habia sido una fortuna para la gran alianza de 1689 que en ella se encontrasen unidos elementos protestantes y católicos para levantarse juntos contra el despotismo europeo de Luis XIV; pero con esta union no quedó dominado de un modo duradero el conflicto de las confesiones; y en cuanto se entablaron las negociaciones de paz, dejaron sentir su influencia las corrientes del descontento religioso. El protestantismo veíase rodeado de grandes peligros: por causa de la corona de Polonia el elector de Sajonia habia abandonado la religion de su padre; la propaganda católica agitábase en todas partes; en Viena, los jesuitas eran mas poderosos que nunca y se les acusaba de favorecer la posesion de Estrasburgo por los franceses, á fin de evitar que perdiera terreno la obra de catolicizacion que en tan buen camino estaba. En igual sentido se inspiraban los esfuerzos del elector católico Juan Guillermo del Palatinado, cuyas activas negociaciones por todos lados tendían á lograr, como era su ardiente deseo, que la completa restitucion de sus territorios, caso de realizarse como se esperaba, fuese á la vez un triunfo decisivo para el catolicismo. Con este objeto entabló relaciones

(1) Promesa que no cumplió. Véase Schulte, tomo I, pág. 325.

con la curia romana y con la corte de Francia; y aun cuando el emperador Leopoldo no tomó personalmente parte alguna en ellas, ya se comprenderá que no pensaba ni remotamente oponerse á tan laudables trabajos en pro de la prosperidad de la Iglesia, tanto menos cuanto que entre sus mismos hombres de Estado habia diplomáticos y otros elementos influyentes que estaban dispuestos á secundar aquella campaña. A consecuencia de haberse restablecido la inteligencia entre Francia y el elector Juan Guillermo, formulóse la «cláusula de Ryswick» que constituía un nuevo atentado; y debemos consignar con harta pena que no fué obra solamente



Johannes Wilhelmus  
Elector Palatinus.

El elector Juan Guillermo del Palatinado  
Facsimile de un grabado anónimo. Tamaño del original

de la arbitrariedad del monarca francés, sino que en ella tomó una parte principalísima el fanatismo religioso de un príncipe alemán (2).

Se estaban ultimando las negociaciones para la firma de la paz con Alemania, cuando en 29 de octubre, poco antes de la media noche, los embajadores franceses formularon de repente la inesperada exigencia de que al artículo 4, que trataba de la restitucion de los territorios de las reuniones, debia añadirse la siguiente cláusula: «En todos los lugares resti-

(2) Acerca de la version, difícilmente sostenible, de una inteligencia secreta entre Francia y el emperador para establecer la cláusula de religion, véase Goedeke: *La política de Austria en la cuestion de la sucesion al trono de España*, tomo I, pág. 141. Esto no excluye, como es natural, la posibilidad de que influyentes hombres de Estado imperiales mostraran personalmente como católicos simpatías por la causa que oficial y políticamente se veían obligados á combatir.